

JESÚS M^a PÉREZ GARCÍA
«ATXALDE»

• • • •

DESDE LA CIUDAD
DE LOS MIRADORES
(Inquietudes y nostalgias)



EN MI CIUDAD

LA CIUDAD DE LOS MIRADORES

Miro mi amada y longeva ciudad
en la que descansan trascendentes
e incólumes mis mejores recuerdos,
momentos que una vez fueron presente.
Las generaciones y el transcurso del tiempo
la han ido transformando en consonancia
con el paso de las épocas,
y es hoy casi irreconocible
para la lejana mirada de mi infancia.
Mi memoria recolecta pretéritos instantes,
recupera fotogramas íntimos, fragmentos,
fotos fijas como instantes esculpidos
en los que deposité mis andanzas, mis sucesos,
mis pequeñas hazañas e inquietudes
en esta ciudad mía, modernamente vieja,
que tiene el frío invernal por apellido
y el seudónimo de lluviosa le moteja.
Tiene esta mi población voz de frío y de chubasco
que riega las calles con lágrimas plúmbeas
y limpia los colores de la vida cotidiana,
de la gente presurosa que anda en las aceras
con un chapoteo constante y sonoro
por el anónimo pisotear de pasos sin renombre,
que quiere hacer del gris su tono más constante,
por sus arterias de las que no importa el nombre,

sino el aroma a heroicidad adherido a su piel
cuando castañetean sus calles llagadas por la helada
de prolongados y gélidos inviernos
que las adornan con periódicas nevadas.
Mas no trates de ejercer el papel de impostora.
Tú no podrás nunca engañarte a ti misma,
pues no es tu mayor virtud la de saber mentir.
No es el gris el color que en ti predomina,
sino el verde incandescente de un eterno abril,
ese verde esperanza que luces sin remilgos,
ese verdor decantado en tus múltiples jardines,
o el del musgo abrazado a tus rincones más umbríos,
el verde de tus parques que surgen por doquier,
o del anillo esmeralda que rodea tu extrarradio,
de fulgentes matices repletos sus paseos,
o que llenan de hiedras muchos de tus palacios.
¡Qué decir de tus balcones colgantes
adheridos al exterior de tus viviendas!
Fijados en tus decimonónicas fachadas
buscan altivos saciar el ansia de mirarte,
fruto de la humana y mera curiosidad.
Son blancas, gallardas y atractivas galerías,
cómplices anónimos de inquisitivas miradas,
escrutadoras, avezadas por la costumbre,
colgados de nobles edificios suspendidos miradores
que dieron sobrenombre a la ciudad en la que habito,
hermosos, altísimos, hasta casi arrogantes,

sobrepuestos en las paredes de piedra o mármol,
algunos, incluso, escoltados por blasones.
De sus suelos cuelgan, a veces, majestuosos,
furtivos y pequeños nidos de golondrinas,
arquitectas consumadas de sus propios refugios.
Las palomas tienen sus hangares en sus huecos.
Urbe añeja con los ojos abiertos
como esos propios corredores acristalados
que sabe sacar del visitante en tu paisaje urbano
los mayores halagos y alabanzas
envueltos en brillante papel de fascinación,
que obtiene del foráneo palabras de asombro,
de sorpresa que vibra con la singularidad de lo insólito,
palabras que crecerán con el tiempo
en tus calzadas y en tus esquinas,
mi ancestral Gasteiz, mi seductora Vitoria,
la ciudad de los miradores.

*«Una parte de tu belleza te pertenece.
La otra la pone quien te mira».*

CUATRO TORRES

Cuatro torres altivas sustentan tu cielo.
Cuatro torres enhiestas conforman el anagrama
de tu estampa divisada desde lejos.
Cuatro columnas como efigies vigilantes
aportando un suave un gris al lienzo,
que en los días lluviosos se queja
y se trueca en un firme marengo.
Son pretéritas estatuas centinelas
de tu incomparable Casco Viejo,
sabor añejo y encanto en su factura
con calles cuyos nombres son los gremios
que dieron prestancia, porte y apostura
a mi ciudad adornada de abolengo,
gestada por hombres de nobleza contrastada,
fiel cartografía de su alma y de su tiempo,
de leyenda encanecida por los siglos,
albaceas testamentarios de tu acervo,
con figura de almendra medieval
admirada y loada desde tu nacimiento,
recortada por estrechos cantones
diseñados otrora en el medievo,
callejuelas estrechas y pendientes
que salvan desniveles y miríficos repechos
entre caños que esconden, como a regañadientes,
escondidos rincones y seductores recovecos.

«*Haec est Victoria quae vincit*» engalana su enseña,
epígrafe final de antiguos desencuentros.
Ambicionada por reyes castellanos y navarros,
guerreros incansables hijos en su tiempo,
que vieron en tu estratégico enclave
tal importancia que otorgaron fueros
a aquella humilde e inicial Gasteiz
recostada en derredor de un suave cerro.
Pasear por tus viejas calles sin premura
oyendo los tañidos de esquilones en concierto
es de un placer que hipnotiza las miradas
mientras juguetean las palomas entre zureos.
Deja que me deleite en la majestuosidad
que ofrecen tus palacios y monumentos.
No me ocultes las verdades que custodias
ni la impronta que guardan tus secretos.
Como Ave Fénix resurgiste tras mil lances.
Si pudieras ser un ave experta en aleteos...
¡Qué hermosa te verías a ti misma
si en la bóveda celeste hubiera espejos!

*Victor Hugo elogió la perfección de la almendra medieval
de Vitoria en «El Jorobado de Notre Dame»*

DESDE MI VENTANA

Un cielo herido y macilento se desmorona
y parece perdonarme la vida en cada mirada.
Mis ojos escarban entre las plumizas nubes
por si algún tímido rasgo azul del cielo sangra.
Entre jirones y heridas en su piel escondidas
parece que lo intenta, mas la sangre no mana.
Vislumbro en el suelo un manto ocre de hojas
y siento un viento glacial que hiere las entrañas,
hojas que son presagios de hedionda podredumbre.
Rasgo con mis dedos las huellas de la escarcha
que otra noche más de invierno pendenciero
sedimentó sin permiso en mi ventana
sin saber que en ella se ocultan ensueños
que mitigan, al mirar, las dolencias del alma,
y parece emitir sonrisas camufladas
como si al mirar a su través me perdonara
regurgitando verdades a regañadientes
o el peso de un secreto que esconden las palabras
como evanescentes retazos de cordura
en la memoria lastimada por llagas putrefactas.
Cuando mis ojos intentan abrir rendijas en el cielo,
la urgencia de la espera vehemente me reclama
para encontrar alguna grieta por la que el sol asome
mientras un incongruente galimatías me acobarda.

Es mi ventana la misma que cada amanecer
se tiñe de colores grises y se acicala,
hasta que, a veces, una lluvia sesgada y lastimera
se apiada de las nubes y las descarga
con una frívola luz carente de viveza
como un ave con alas atrofiadas.
Se va el cielo paulatinamente desangrando
y disuelve entonces mi soledad en agua,
y sosiega mi espíritu admitiendo disidencias
en ese chubasco protector que taladra
el empedrado celeste y lo diluye sutilmente
hasta que el concierto del fluir, por fin, acaba,
y emerge un tibio sol, un amago de color
esculpido con el buril de la esperanza
que yo robo, y me quedo avaricioso con su calma
para esperar impaciente la siguiente madrugada.